

¿Aprender arquitectura o aprender a ser arquitecto?

Proponer una revista que trate el problema de formar arquitectos demanda visitar, al menos, cuatro aspectos clave de la educación en arquitectura, lo que permitiría construir un panorama claro de la situación actual. En primer lugar, se debería intentar aclarar la diferencia existente entre la pedagogía de la arquitectura y la didáctica, aunque hay una relación clara de causalidad entre estos dos conceptos: el enfoque filosófico del programa de arquitectura puede necesitar una didáctica específica para cumplir los objetivos pedagógicos propuestos, con lo cual en este número se deberían referenciar innovaciones didácticas y posiciones pedagógicas profundas frente a la educación en arquitectura. En segundo lugar, dado que el ejercicio profesional de la arquitectura ha experimentado una evolución radical durante los últimos treinta años, el papel del arquitecto en la sociedad ha cambiado, ante lo cual la reacción de las escuelas de arquitectura ha sido diversa; por lo tanto, una publicación especializada debería registrar aportes críticos frente a esta situación o propuestas en las cuales se buscara vencer la escisión entre la realidad de la sociedad y el arquitecto que se está formando. Lo anterior se conecta con el tercer aspecto, en el cual el taller de proyectos se ha propuesto tradicionalmente como pieza clave en la formación del arquitecto, y es preocupante su evolución didáctica incipiente. Al proponer este curso como actividad vertebradora de la formación del arquitecto, envía a los otros dominios de la disciplina a un papel secundario, al tiempo que algunos profesores de proyectos no ven su curso como una oportunidad de investigación e innovación. Finalmente, el último aspecto, que es el más preocupante para una disciplina, tiene que ver con la poca investigación que existe sobre educación en arquitectura o, dicho de otra forma, no hay muchas respuestas a la pregunta de ¿cómo se aprende a ser arquitecto?

Frente a estos cuatro cuestionamientos iniciales vale la pena elaborar algunas reflexiones, para así abrir la discusión presente en esta publicación: es evidente que la enseñanza de la arquitectura aborda varios dominios de conocimiento de forma simultánea: la historia, la teoría, la crítica, la técnica, la ciudad, el proyecto y la representación, entre otros. Desde el punto de vista didáctico, cada uno de ellos demanda herramientas y técnicas diferentes, que son una fuente de experimentación y, por ende, de investigación. En este sentido, el punto de discusión se centra en la importancia de

las experiencias significativas a las que estará expuesto el estudiante y el grado de autenticidad que estas tienen frente a cada dominio; en general, el estudiante tiende a reconocer como actividad auténtica exclusivamente el desarrollo de proyectos.

El perfil del arquitecto que se quiere formar, que muchas veces difiere de la formación que se imparte, está mediado por la obsesión (o es mejor decir, convención) por desarrollar grandes proyectos singulares, ojalá un número importante durante el pregrado, que contrasta con el papel complejo que se espera debe cumplir el arquitecto en la sociedad, donde su función y responsabilidad supera el ejercicio de proyectar. Es preocupante pensar que después de tantas décadas, en muchas escuelas de arquitectura, se insiste en mostrar a los estudiantes que el ejercicio extraordinario del arquitecto es el que vale la pena y que el trabajo tranquilo, riguroso, que se construye cada día es demasiado convencional.¹ Muchos estudiantes están en la constante búsqueda del individualismo artístico mal entendido; se piensa que para lograrlo es necesario obtener grandes encargos, como museos, centros culturales o viviendas unifamiliares de cientos de metros cuadrados. Al revisar la producción de proyectos de fin de carrera en la Universidad de los Andes durante los últimos diez años, es sorprendente como solo el 15% de los estudiantes desarrollaron proyectos de vivienda y los demás se centraron en edificios de equipamiento, donde predominan los de uso cultural, propuestas en las que las condiciones programáticas fueron “definidas” por los estudiantes. En este sentido, sería interesante que algunas investigaciones contenidas en esta revista abordaran la autenticidad, en términos educativos, de lo que hacen los estudiantes en la escuela, contrastado con lo que la sociedad espera de ellos.

1 Casals, Albert. *La arquitectura, otro arte enfermo: etimología del mal y sus antídotos*. Badajoz: @becedario, 2005.

Es posible proponer un camino de innovación donde la revista podría registrar cómo algunos profesores de proyectos se plantean la posibilidad de ser investigadores a partir de la acción cotidiana de su curso, como base para construir diversas teorías de proyecto, y así no reproducir en el salón de clase de manera irreflexiva el modelo de su trabajo profesional: pensar en lo que significa ser arquitecto.

Este número contiene algunos escritos que reflejan la experiencia y la preocupación de algunos profesores por las cuestiones descritas en este editorial y solo representan una pequeña parte de lo que puede ser esta línea de investigación. Este es un primer paso que busca abrir los temas de discusión y es ideal que en el futuro se puedan dedicar números específicos al análisis de algunas de las cuestiones aquí propuestas. En este sentido, la discusión internacional sobre la educación basada en competencias, referidas al perfil de arquitecto que se busca formar, contrasta con las propuestas de innovación didáctica en la enseñanza de proyectos de la Universidad de Talca en Chile y la Universidad Nacional de Colombia

en Manizales. Igualmente, hay un espacio de reflexión sobre los posibles caminos de innovación en la enseñanza de otros tres dominios de la disciplina: la historia, la ciudad y los materiales, referidos a las investigaciones adelantadas en la Universidad de los Andes y la Universidad Técnica de Estambul.

Constantemente se insiste en que la arquitectura trasciende sus fronteras, con lo cual la investigación adelantada por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona (ETSAB) en asocio con la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Barcelona, ambas de la Universidad Politécnica de Cataluña, son un ejemplo del campo de innovación que se deriva del trabajo interdisciplinar, al plantear un enfoque inclusivo de la intervención de la ciudad, con lo cual se hace evidente la complejidad de este dominio. En esta misma dirección, la propuesta de cursos no especializados que buscan llevar algunas de las herramientas disciplinares, como lo es la cartografía social, a públicos de diversas disciplinas, demuestran el potencial de influencia positiva que puede tener la arquitectura, como forma de pensamiento.

El espacio físico se puede entender como la materialización de un modelo pedagógico, aunque se debe tener presente que el proceso educativo al ser abierto y en constante cambio, debe contar con un espacio que reconozca esta característica. El contraste propuesto en la revista, entre tres edificios que pueden reflejar la posición pedagógica de sus autores frente a la enseñanza de la disciplina: Artigas, Le Corbusier y Siza se complementa con un experimento que surgió de la emergencia de construir un nuevo campus, donde la flexibilidad, la polivalencia y la constante interacción de diversas comunidades, son el centro de la innovación didáctica propuesta en la Universidad Técnica de Delft.

Independiente de este panorama parcial, las investigaciones sobre educación en arquitectura siguen siendo pocas; esta situación la describirá más adelante el profesor Teymur, donde muestra cómo en los congresos de arquitectura es más interesante para los asistentes el espectáculo de la explicación de edificios por parte de sus autores que la discusión sobre la pertinencia de la formación del arquitecto y su futuro en la sociedad. Ojalá esta publicación llame la atención sobre el tema y genere un debate que en el futuro es deseable se registre en un número de esta publicación.

Rafael Villazón
Editor invitado



Ejercicio en Taller de composición, Universidad de los Andes. Fotografía: Lina Gast